

Una mirada al devenir histórico de la atención hospitalaria en pediatría

(A glace to the historic happening of the hospital pediatric attention)

Leopoldo Vega Franco

La medicina como ciencia tiene su filosofía, como arte sus reglas y como ciencia y arte, su historia, sus estudios morales y su estética.

Francisco de Asís Flores y Troncoso

Para el autor del epígrafe, la medicina es una ciencia con filosofía propia; como arte el oficio del médico ante el enfermo tiene reglas que cumplir y como ciencia y arte la medicina tiene historia, preceptos morales y estética, entendida esta cualidad como la ciencia que se ocupa de la belleza y de la teoría fundamental y filosófica del arte.¹ Estas breves líneas obtenidas del prefacio de la voluminosa Historia de la Medicina en México (tres tomos y 808 páginas) del Dr. Francisco de Asís Flores y Troncoso, me incitaron a hurgar en el devenir histórico de la medicina, como ciencia y arte de la atención hospitalaria a los niños mexicanos, cuando era aún la Nueva España y después como país independiente; pero tan pronto inicié la búsqueda, me encontré que en lo que atañe a la atención médica de los niños en hospitales, los niños tienen historia y sólo por excepción se habla de ellos. Continué con mi indagación, pues sabía por el artículo del Dr. Morales Suárez (que aparece en este número de RMP) que existió un Hospital de Maternidad e Infancia.

Sabía que, en 1524, Hernán Cortés había fundado el Hospital de la Inmaculada Concepción de María (llamado después Hospital de Jesús), y que el Real Hospital de Belén de Guadalajara, Jalisco, abrió sus puertas en el último decenio del siglo XIX (1792) y releí a Fajardo Ortiz,² quien documenta que en ese lapso de 1524-1792 funcionaron sin interrupción 15 hospitales a partir de su apertura; de éstos, 12 fueron de los que hoy calificamos como generales, otros tres daban atención médica «especializada»: uno a pacientes enfermos sifilíticos (Hospital del Amor de Dios o de las Bubas), otro a dementes (Hospital de San Hipólito) y que hubo una leprosería conocida como Hospital de San Lázaro.

Todas estas instituciones funcionaban en consonancia con la costumbre medieval de colindar los monasterios

de las órdenes monacales, con un hospital, un lugar de cobijo para peregrinos y menesterosos y una escuela para niños, como una muestra de solidaridad y caridad cristiana ante la penuria y sufrimiento ajeno, aunque cabe aclarar que algunas de estas instituciones eran producto de la filantropía de personas que sólo deseaban hacer el bien a personas necesitadas.^{2,3}

Precisando términos, busqué en el diccionario de la RAE los significados de la palabra hospital y la primera acepción es: «Establecimiento destinado al diagnóstico y tratamiento de enfermos...», la segunda es: «Casa que sirve para recoger pobres y peregrinos por tiempo limitado», por lo que los llamados hospitalares hasta el siglo XIX eran lugar para recuperar la salud y eventualmente recibían a personas físicamente sanas o viceversa.

Algunos de los hospitales coloniales tenían espacio suficiente para recibir a los viajeros, a las gentes menesterosas, a los desvalidos y hasta niños expósitos o huérfanos. Unos funcionaban más como sitios de hospitalidad y los menos lo hacían como hospitales, pero no todos daban atención a los «naturales», como llamaban a los enfermos de ascendencia nahua, y únicamente el Hospital General de San Andrés tenía secciones separadas para hombres, mujeres y niños.⁴

En opinión de Michel Foucault⁵ los veneros de la medicina moderna nacen en los postrimeros años del siglo XVIII, por lo que no en vano se le ha llamado el siglo de las luces (por disipar las tinieblas de la humanidad con las luces de la razón); en esta etapa de la historia nace la clínica y durante las primeras décadas del siglo XIX rejuvenece la percepción médica; en palabras de Foucault, fue cuando «los médicos describieron lo que por siglos había permanecido [...] bajo del umbral de lo visible».⁵

Al llegar el siglo XIX, la medicina colonial, con resabios de la época medieval, empieza a cambiar sustancialmente el «arte» de estudiar en forma metódica a niños enfermos, interrogándolos, observándolos, palpándolos y percutiéndolos y, por otra parte, se empieza a hacer la caracterización anatopatológica de las enfermedades,

por lo que la atención médica va más allá de la solidaridad y la caridad cristiana, al dirigir sus propósitos al diagnóstico, tratamiento y pronóstico de los enfermos.

Es en este entorno de cambios que Balmis y Salbany parten del Puerto de Cádiz, en 1803, a su aventura filantrópica, con una tropa de 21 pequeños infantes entre 3 y 8 años, todos reclutados en la Casa Cuna de Santiago Compostela, con la misión de generalizar el uso de la vacuna de Jenner en los dominios de España en América y Filipinas.⁶

Fue así que, en el torbellino de aventuras médicas y filantrópicas, continuaron diseminados los avances médicos; así, en 1846 Williamson Long divulga haber usado éter por primera vez para extirpar un quiste del cuello a un niño de Georgia EUA y en 1848 en la Gran Bretaña Simpson y Snow aplican con éxito cloroformo (como analgesia) durante el parto de una mujer, aunque esto se populariza hasta 1857, cuando Snow lo usa al atender a la Reina Victoria en su noveno parto.⁷ Empieza así la anestesia y se acelera el desarrollo de la cirugía en la segunda mitad de esa centuria, en la que se descubre el papel de las bacterias, implicadas en la enfermedad y muerte de miles de millones de seres humanos.

En esa segunda mitad del siglo se empiezan a desarrollar las especialidades médicas y las instituciones hospitalarias cuentan ya con la experiencia clínica y sapiencia de sus médicos y con los medios e instrumental que exige la clínica, muchos de éstos debido al ingenio de los propios médicos para crear instrumentos, aparatos y exámenes de laboratorio cada vez más especializados para la identificación clínica de enfermedades.

Fue probablemente de esta manera que el obstetra Stéphane Tarnier, médico de la Maternidad de París Port-Royal,⁸ inventó y empezó a fabricar las primeras incubadoras para bebés prematuros en los postrimeros años de ese siglo. En esa Maternidad, a la sombra de Adolphe Auvard y Pierre Budin en París y Carl S. Franz Credé en Leipzig (también renombrados obstetras), se formaron los primeros neonatólogos-pediatras norteamericanos que fueron parte de la simiente que generó la moderna pediatría norteamericana.

Es así como en los EUA empiezan a surgir los hospitales: de Maternidad y Niños en Nueva York (1855) y el mismo año el Hospital de Niños en Filadelfia; poco después (1869) el Hospital de Niños de Boston.⁷ Bajo el in-

flujo de esta corriente en 1867 nace en México y probablemente en otros países latinoamericanos, el Hospital de Maternidad e Infancia. Relata el Dr. Morales S que aunque desde noviembre de 1861 el Presidente Benito Juárez había emitido un decreto para la creación de una institución de Maternidad e Infancia (sólo tres o cuatro meses antes de la intervención francesa) la idea fue retomada por la Emperatriz Carlota y en junio de 1866 inaugura el renombrado Hospital de Maternidad e Infancia, bajo la tutela del Ministerio de Gobernación. En esa misma época se transforma y reorganiza la Casa de Cuna para Niños Expósitos (fundada en 1766 por el Obispo FA Lorenzana y Butrón), que pasa a ser una institución seglar.

Cabe resaltar el hecho de que en esta casa de cuna laboraron y actuaron como directores distinguidos médicos pediatras, como Eduardo Liceaga, y ya formado como pediatra, en los años 30, el Maestro Federico Gómez. Aun ahora laboran en esta institución conocidos pediatras. Para terminar, no puedo dejar de mencionar que la creación de la Sociedad Mexicana de Pediatría fue un esfuerzo del conjunto de médicos, unos con interés en los niños, otros en la obstetricia y unos más en la «sanidad e higiene», que laboraban en las unidades de atención que luego se llamaron Centros de Salud.

Referencias

1. Flores y Troncoso FA. *Historia de la Medicina en México* [Ed. Facsimilar de 1886]. México: Instituto del Seguro Social. 1982.
2. Ortiz Quesada F. *Hospitales*. México: McGraw: Hill Interamericana. 2000.
3. Fajardo Ortiz G. Los Hospitales de México En: M. Baquín Calderón M, Méndez Cervantes F. *Historia Gráfica de la Medicina*. México: Méndez Editores. 2009: 481-502.
4. Martínez Barbosa X. *El Hospital de San Andrés (1861-1904)*. México: Siglo XXI Editores. 2001: 19-77.
5. Foucault M. *El nacimiento de la clínica (Una arqueología de la mirada médica)*. 2^a ed. México: Siglo XXI Editores. 2001: 16-41.
6. Balaguer Periquell E, Ballester Añon A. En el nombre de Dios. *La Real expedición filantrópica de la vacuna (1803-1806)*. Madrid: Asociación Española de Pediatría. 2003.
7. Historical Archives Advisory Committee AAP. American Pediatrics: Milestones at the Millennium. *Pediatrics* 2001; 107: 1482-1491.
8. Neonatology on the web. Maternité de Paris, Port-Royal. Incubators at the Hospital. <http://www.neonatology.org/pinups/maternite.html>